

la virtud y la felicidad, y ceder en ella todos los obstáculos del mal ante el simultáneo y omnipotente esfuerzo del bien.

En cuanto á los males físicos y sociales, ¿qué son ellos, pues, al lado de los morales é intelectuales? En el acto que el hombre conozca la verdad y la virtud, y que acate ambas, el mal quedará desterrado de la tierra, y este planeta se convertirá rápidamente en un Paraíso.

P. Me habeis dicho que la ignorancia es tambien un mal intelectual?
R. Sí, porque la ciencia es simplemente el resumen indeterminado de la verdad. Esta es una premisa intelectual, y así como en el universo físico todo emana de una sola premisa física, es decir: el Armonio ó elemento material, así tambien en el universo intelectual todos los elementos científicos emanan de un solo elemento absoluto: la verdad, y ambas premisas son el resultado á su vez de una sola y suprema causa: Dios.

Así, pues, conocida la verdad fundamental, necesita ésta afirmarse en aquel conocimiento únicamente posible pero exacto que en la religion Providencial tenemos de Dios, y este conocimiento á su vez es el origen de la verdad, y la verdad el fundamento de la ciencia absoluta. Pero como esta es el conocimiento de la creacion, y la creacion continúa sus evoluciones materiales, cuyo agente es la naturaleza, y las evoluciones Providenciales en que obra el hombre como un agente de la Providencia eterna, la ciencia de la creacion debe marchar á la par con las evoluciones físicas, morales y sociales de la creacion misma, y de este modo el mal intelectual, que es la ignorancia, está identificado con el mal absoluto que el hombre debe eliminar del planeta adquiriendo la verdad y la ciencia, que á su vez eliminarán tambien todos los males que hoy lamentamos.

Así es como el hombre debe esperar todo bien de la religion Providencial, elevándolo al grado de universal y absoluto, con la eliminacion de todos los males en el planeta que Dios se ha dignado encomendar á la sabiduría y Providencialidad humana.

P. Será conveniente un error si el conduce á buenas y morales costumbres?

R. No, porque si la verdad es falsificada, resultarán tambien falsificadas sus conclusiones morales, y el error las dañará todas. Pero aun cuando de una teoria errónea resultase algun bien práctico, el hombre despreciaría este cuando lo encontrase fundado en el error, porque la especie humana busca la verdad como la única base del bien intelectual, y por lo tanto, del físico, del moral y del social, y todo lo que no sea la verdad absoluta no puede prolongarse indefinidamente en las creencias del hombre, guiado hácia la verdad misma por su intuitismo espiritual y sus tendencias Providenciales.



CAPITULO VI.

DEL BIEN Y DEL MAL FUNDAMENTAL.

PREGUNTA. A qué llamais bien fundamental?

RESPUESTA. A el carácter de perfeccion que brilla en todas las obras del Criador, en las cuales, propiamente examinadas, siempre se encuentra el bien y jamas el mal.

P. Cómo podremos cerciorarnos de esto?

R. Observando: Primero, que la creacion no está terminada aún, y que las evoluciones portentosas que presenciarnos en toda la naturaleza y en la humanidad, son solo los medios y no los fines de la creacion; segundo, que estos medios son en sí mismos tan perfectos como es posible lo fuesen; y tercero, que ellos están dirigidos por una prodigiosa y divina sabiduría á la perfeccion total de que es susceptible el universo y la humanidad.

P. Pues qué, los continuos cambios de la naturaleza, y las fatigas de los seres vivientes para nacer, crecer, degenerar y morir, no son males en sí mismos?

R. Ellos son males solo relativamente y á los ojos del hombre; pero esos mismos seres perecederos tienen en su efimera existencia la superabundancia del bien, puesto que en cualquier estado que guarden y por penosa que sea su vida, siempre la prefieren á la muerte, huyendo de ésta tanto cuanto les es posible. Solo el hombre valía el bien y el mal en la balanza del raciocinio y del libre albedrío, y por éste llega á preferir la cesacion de su existencia á las condiciones de su existencia misma.

P. De dónde proviene esa ecepcionalidad del hombre?

R. De que el hombre, espiritualmente, no es un medio sino un fin en la creacion. Así es que el hombre poseé dos naturalezas, la una corpórea sujeta á todos los cambios y transformaciones físicas y la otra espiritual é impercedera, encomendada de una mision Providencial sobre la tierra, y por lo tanto, susceptible de premio y de castigo intrínsecos, segun la manera con que ejerza y cumpla ese mismo destino.

P. Cuál es el fin que Dios se ha propuesto al criar el hombre, ó mejor dicho, cómo podemos considerar al espíritu humano como un fin Providencial?

R. El fin que Dios se ha propuesto al criar á el hombre, dotándolo de un espí-

ritu Providencial, lo descubrimos en las mismas tendencias de la humanidad, las cuales os he indicado, y que se pueden espesar como fines Providenciales de esta manera: primero, el hombre está encomendado de continuar y perfeccionar la creacion física en cuanto esté á su alcance, y así el es el representante de la Providencia sobre este planeta. Segundo, el hombre está encomendado de continuar y perfeccionar la creacion moral, y por lo mismo el es el representante de la Providencia acerca de sí mismo y de la humanidad. Tercero, el hombre debe reconocer y adorar su origen divino, y santificar los lazos que le unen con la Providencia eterna, por lo cual es una Providencia derivada como hijo de Dios.

De este modo, el hombre posee las tres grandes cualidades de un fin Providencial: primera, dispone y domina la naturaleza física, sin mas límites que los de las leyes generales que conservan á la naturaleza; pero dentro de estos límites puede á su arbitrio modificar ésta para el bien y perfeccionamiento del planeta. Segunda, rectifica y corrige sus tendencias morales, sin mas límites que los que le opone el intuitismo ó instinto de su espíritu que lo dirige hácia la moral ó Providencial beneficencia; y tercero, se eleva en busca de la verdad satisfaciendo la sublime expansion de su espíritu que lo conduce al cesámen de las grandes cuestiones de causalidad, sin otros límites que aquellos á que está sujeto en la vida pasajera de su cuerpo, por la influencia que éste ejerce durante la misma vida en su alma.

He aquí como hay un bien fundamental, y que el hombre que examina rectamente estas cuestiones, ve que no es posible el mal en las obras del Criador, ni como medios ni como fines.

P. Pues á qué llamais el mal fundamental?

R. Al concepto que el hombre, como un sér Providencial, forma de las condiciones físicas y morales contrarias á los sentimientos de perfeccion que le indica el intuitismo ó instinto de su espíritu.

P. Cuál es el origen del intuitismo espiritual del alma humana?

R. Dios, como su criador.

P. Pues cómo puede indicarnos el intuitismo espiritual que hay cosas malas en sí mismas, cuando me habeis dicho que todas las obras de Dios son perfectas como medios necesarios para obtener los fines á donde conduce su admirable creacion?

R. Por este mismo motivo, es decir: para eliminar de la tierra los medios que dispuso y que han dejado de ser necesarios, como voy á explicaros.

Dios al determinar la creacion del universo, no necesitó dedicarse á un trabajo continuo y sin fin laborioso, para llegar á obtener la perfeccion. Dios verificó la creacion en tres actos fundamentales. En el primer acto crió la fuerza universal como efecto viviente de su omnipotente voluntad. Una vez criada la fuerza por la misma organizacion simple y homogénea de ésta, resultaron criados: primero, el espacio simple y por consecuencia: la forma esférica, cuyas propiedades son la simplicidad, la continuidad y la armonía generadora y complementaria de todas las formas; segundo, la actividad, ó sea la continuidad de la potencia ó fuerza convertida en ley; y tercero, el tiempo, es decir: la continuidad de los fenómenos producidos por la forma y la actividad. (*)

En el segundo acto de la creacion, Dios dividió la fuerza en esférides, es decir: en las mas pequeñas y mas simples particulas posibles, y por lo tanto, cada esféride resultó compuesta de fuerzas neutralizadas por la simultánea direccion de su peculiar sistema de fuerzas opuestas hácia un centro comun. Segundo, cada esfé-

(*) Véase en la Armonía del Universo, ó la ciencia en la Teodisea, los tres actos de Dios fundamentales de la creacion.

ride por esto tomó la forma esférica, como gérmen y elemento armenioso y complementario de todos los poliedros posibles; y tercero, todas las esférides resultaron perfectamente iguales, inertes y homogéneas, componiendo el elemento material, único, universal y pasivo, y consecuentemente dividida en una innumerable cantidad de partes perfectamente independientes entre sí, es decir: en las mismas esférides que de este modo fueron constituidas por su propia inercia, como incapaces de actuarse espontáneamente sin el concurso de la fuerza continua ó activa.

Pero por esta misma separacion de las esférides, y por su forma esférica, necesitaron estar colocadas en su posicion primitiva en el arreglo cúbico ó complementario, quedando aptas por lo tanto para reasumir todos los arreglos posibles ó imaginables para la composicion de todas las formas ó poliedros; pero en todos ellos los intersticios de las esférides ó fuerzas neutralizadas y divididas, quedaron llenos por la fuerza activa y continua.

Así fueron constituidos los dos elementos universales. El elemento activo ó Psiquio, y el pasivo ó Esferidio, y ambos constituyeron el Armonio ó vehiculo, componente y solvente universal, origen y fin de todos los seres materiales.

En el tercer acto de la creacion, Dios determinó los núcleos celestes primitivos, y á ellos dirigió el Esferidio impulsado por el Psiquio; de cuyas evoluciones de radiacion ó irradiacion resultó la vida, relacionando los mundos y su prodigiosa armonía con la gravitacion universal, ó sean las corrientes concretantes, con el calórico, ó sean las corrientes dilatantes, y con la luz, ó sean las corrientes vibratorias, manteniendo el movimiento perpétuo en las mutuas relaciones de accion y reaccion de la fuerza ó alma universal Psiquio, y las de la inercia ó materia universal Esferidio.

Del movimiento primitivo ordenado por Dios á esa maravillosa vida, resultó la ley que obliga á la fuerza continua y á todas las particulas ó esférides de las fuerzas neutralizadas á obedecer el movimiento y á ejecutarlo perpétuamente dentro de los límites señalados por Dios para constituir el espacio. He aquí la causa del diastole y sistole del universo, y por lo tanto el origen de los imponderables, así como éstos lo fueron á su vez de los elementos ponderables ó químicos, y del conjunto de todos los elementos así producidos resultó la vida, ya universal ó cósmica, y ya individual ó de cualquiera de sus variedades fenomenales.

Ya veis que Dios al verificar sus tres grandes actos fundamentales, constituyó á la naturaleza, la cual solo es: *la expresion abstracta de la vida universal*, la que continuamente ejecuta los mas variados y cambiantes fenómenos, transformando las evoluciones del Psiquio y el Esferidio en la mas maravillosa variedad de seres, cuya vida forman y convierten en otras y otras vidas ó fenómenos.

Así es como la fuerza ó alma, la inercia ó materia, y el movimiento ó ley, constituyeron por la voluntad de Dios á la *Naturaleza*, y ésta fué el primer sér *Providencial*, y el que continúa los fenómenos del universo, cuyo conjunto es la misma naturaleza, la que presenta, como un sér inteligente, todas sus portentosas obras cual una magnífica ofrenda al Criador á quien ella misma se debe.

De este modo, Dios ha permitido obrar á la naturaleza todas sus evoluciones, y constituir todos sus fenómenos ó vidas como medios necesarios y perfectos para obtener con ellos los fines previstos por su gloriosa sabiduría, y ya vemos cuan obediente se ha comportado la naturaleza en la tierra, cual una Providencia derivada de la divina. Pero sus obras, perfectas como medios, quedaban muy lejos de la perfeccion de los fines á que Dios dirige su creacion.

Así, pues, Dios crió al hombre como un medio en cuanto á su existencia física, y como un fin en cuanto á su alma Providencial é inmortal, é infundió á esta el intuitismo ó instinto espiritual de su propio ser inmortal, y los sentimientos de so-

ciabilidad, de moralidad, de religiosidad y de perfectibilidad, que forman la Providencialidad de su existencia, y así, el hombre se eleva como el Hijo de Dios, dirige su vista magestuosa á la naturaleza, y encuentra la inferioridad de ésta y su propia superioridad como representante de su celestial Padre, y cual una Providencia correctora, toma cuentas á la naturaleza; califica algunos fenómenos de malos y los destruye; otros de buenos y los conserva; otros de imperfectos y los corrige, y al fin, otros de incompletos y los concluye.

Pero en todos estos actos de su poder tiene el hombre por guía su propio intuitismo derivado de Dios, y por agente su libre albedrío: sigue algunas veces dócil y benevolente su intuitismo y encuentra el bien y el mal fundamental, es decir: halla el mal en los medios que debe eliminar como imperfectas y caducas obras de la naturaleza, y el bien en el ejercicio de su maravilloso poder como agente Providencial de su omnipotente Padre.

Pero Dios, que ha gozado de la gloria de ver corresponder sus leyes físicas en las obras de la naturaleza, gozará también de la gloria de ver corresponder sus leyes morales ó de intuición Providencial en las obras de los hombres. Y en premio, así como ha hecho perdurable á la naturaleza como Providencial, en medio de sus innumerables transformaciones, así también ha hecho inmortal el alma humana, como á una Providencia reformadora y correctora de la naturaleza.

P. Ahora comprendo lo que llamais bien y mal fundamental, y cómo éste está en el concepto del hombre y en los fenómenos de la naturaleza, pero no en las obras de Dios; mas me habéis dicho que por esto el hombre es un sér Providencial susceptible de premio y de castigo intrínsecos, ¿qué entendéis por esto?

R. Entiendo por premio intrínseco la gloria que debe disfrutar el alma humana cuando habiendo cumplido con su Providencial destino en la vida temporal, pase á la inmortal, se acerque á Dios y goce en sí misma del amor y conocimiento de este Supremo Sér, así como de todas las maravillas de la creación en la eternidad, cuya satisfacción debe sentir el alma intrínsecamente en sí misma con el gozo de su propio y virtuoso sér, á semejanza de la gloria de Dios.

Entiendo por castigo intrínseco la pena, que puede prolongarse mas ó menos hasta la eternidad, del alma improvidente, que desprendiéndose repentinamente con la muerte de sus pasiones facticias, conoce la verdad en contra de la cual obró en la vida, y se encuentra con que esta pena absorbe su sér sin salir de sí misma, y sin permitirle conocer á Dios, á quien desobedeció despreciando su luz intuitiva, ni á la creación, que desdeñó negándole su Providencialidad.

P. Conozco ya lo que entendéis por premio y castigos intrínsecos, y confieso la justicia de Dios que glorifica la Providencialidad del alma benéfica y benevolente, dotándola de su capacidad prodigiosa para gozar las maravillas del infinito, y que abandona á el alma improvidente y perversa á su propia y eterna capacidad para sufrir. Conozco, en fin, que entre estos dos extremos de gozo y de sufrimiento, puede haber una variadísima graduación de capacidad intrínseca, de satisfacciones y de penas, y que las primeras pueden ir endulzando y al fin extinguiendo á las segundas. Pero decidme, ¿no hallais que pueden considerarse todas las acciones humanas como previstas y por lo tanto decretadas por Dios, y que al castigar éste las almas malas, castiga, no á la maldad, sino á la desgracia?

R. No, porque la justicia de Dios es como su propio sér, perfecta é infinita, lo cual voy á demostraros.

Dios, al preveer el efecto de sus leyes, ha decretado esas mismas leyes, porque la esencia de Dios, como perfecta é infinita, ejerce la acción y la prevision simultáneamente con todos sus demás atributos.

Por esto la prevision de Dios es enteramente diferente de la del hombre. La pre-

vision en Dios es criar, ordenar, regir, porque es perfecta é infinita, y por lo tanto activa y omnipotente; pero la prevision del hombre es imperfecta, limitada, y por lo mismo este es susceptible de preveer sucesos ó fenómenos que á su pesar y en contra de su voluntad se cumplirán, por lo que su prevision es frecuentemente pasiva y sufriente.

Mas la ignorancia del hombre ha querido muchas veces ataviar á la divinidad de sus propias cualidades, y aun de sus mas criminales defectos, por lo que en algunas religiones antiguas, para conciliar la prevision de los dioses y su inculpabilidad en las acciones humanas, suponían que existía, superior á todos ellos, un poder ciego y fortuito á que daban los nombres de fatalidad, hado, destino, ó en fin, el de caprichosa fortuna. Así los dioses, ideados por los hombres, resultaban tan miserables y defectuosos como éstos.

Pero cuando hemos elevado humildemente nuestra contemplación á la causa suprema, encontramos que en ella toda imperfección es imposible, y que jamas puede obrar con unos atributos cesando en el ejercicio de los otros, por lo que su prevision y su omnipotencia criadora son inseparables de todos los demás atributos ó perfecciones posibles, como constituyentes de la perfección absoluta de Dios.

Así es como se engrandece al infinito la idea del Criador sin el mas leve defecto ó imperfección. Para demostrarlo, observemos que Dios formó las leyes del universo con los tres grandes actos primitivos de la creación, constituyendo así la naturaleza, dándole las premisas prodigiosas de la fuerza, y la armonía, y que así la misma naturaleza resultó Providencial, activa é inteligente, produciendo de continuo maravillosos aunque cambiantes fenómenos en obsequio de sus propias leyes debidas al Criador. Y éste, sublime, glorioso é impacible, disfrutando del inmenso placer de ver sus mismas leyes convertidas en la naturaleza Providencial, producir prodigios á millones, sin necesidad de ocuparse el mismo Dios en un continuo trabajo, y por consecuencia, dejando de preveer en lo que no ha querido criar por sí mismo, para gozar de las creaciones de su misma creación, es decir, de la naturaleza.

Pero llega el momento oportuno en la tierra en que debieran ser rectificadas y corregidas las obras de la naturaleza, y crió el alma inmortal capaz de un Providencial intuitismo, y la infundió en la obra mas perfecta de la naturaleza, para que influyese en ésta perfeccionando sus obras, y he aquí el hombre, compuesto admirable de las maravillas prodigiosas de la fuerza y de la inercia, del Psiquio y del Esferidio, del espíritu y de la materia.

Así es como el alma humana ha resultado una imagen de la Divinidad, y por consecuencia, un sér libre, inmortal y criador, aunque tan limitado en estas cualidades con relacion á Dios, como su mismo sér lo es respecto del Sér supremo é infinito.

De aquí se deduce de un modo indudable, que para que el hombre fuese un sér Providencial, era indispensable que fuese libre, y que para que fuese libre, ha sido necesario que Dios previese y decretase su libre albedrío.

Y de facto, el hombre se siente libre en la constitucion moral de su alma, y esta condicion de su libertad es la primera conciencia metafísica que tiene de su sér. Así es que este puede ser en lo físico oprimido y martirizado de mil maneras; pero á pesar de los tormentos á que se sujete su cuerpo, su espíritu se siente libre para maldecir ó perdonar sus verdugos, y para conservar la esperanza ó entregarse á la desesperación. En fin, aun al ir á exhalar el último suspiro, el hombre se siente libre para condenarse ó para impetrar su perdon eterno.—La condicion del libre albedrío es una de aquellas premisas acatadas por la humanidad en masa, y que aquel que la negase se veria inmediatamente confundido con su propia conciencia

y voluntad y la experiencia continua de su decision, muchas veces puesta en su conveniencia, pero otras opuesta y resultado solo de su misma libertad.

Ahora bien, si en el hombre hay libre albedrío, es indudable que Dios le ha dotado de esa cualidad, y que ésta es la que ha querido proveer, puesto que ha resultado efectiva, y por consecuencia de esta conclusion, se deduce infaliblemente que Dios no ha querido proveer las acciones individuales de los hombres, porque si las hubiese previsto, todas ellas serian criadas por Dios, y el hombre no tendria libertad ninguna para dejar de ejecutarlas, ni seria responsable de las malas ó meritorio por las buenas.

Si Dios hubiese, como sér omnipotente, previsto todas las acciones de los hombres, y al mismo tiempo el libre albedrío de éstos, resultaria una contradiccion imposible de conciliarse, es decir: que el hombre no seria y seria libre al mismo tiempo, porque cómo podria dejar de ser cumplida la prevision divina? Así es que el hombre estaria irremisiblemente predestinado desde la eternidad, y por consecuencia, no seria ni libre ni criticable en sus acciones, y sus mismas faltas, vicios y predestinacion, serian la obra de Dios, lo que es absurdo y blasfemo el creerlo.

Pero aun hay mas: el concluir que Dios ha previsto todas las acciones del hombre sin decretarlas, es quitar á Dios la cualidad de Sér supremo, reduciéndolo á la simple condicion de un sér que provee resultados que no puede contrar, y que sin libertad para revocarlos, está sujeto á las leyes que otro sér superior le ha impuesto.

Así es que solo se concilian las premisas necesarias de la verdad con la armoniosa concordancia de las siguientes conclusiones.

1.^a Dios crió las leyes del universo con los tres actos fundamentales de la creacion, y por solo la accion de su omnipotente voluntad.

2.^a Aquellas leyes constituyeron á la naturaleza ó vida universal, como un sér inteligente y Providencial para continuar la creacion dispuesta por Dios.

3.^a Dios, para completar y perfeccionar sobre la tierra las obras de la naturaleza, crió al hombre como un sér Providencial de un órden superior á la naturaleza misma.

4.^a Para esto eligió un sér privilegiado en su organizacion fisica, entre las obras de la naturaleza.

5.^a Una vez elegido, le dió una alma inteligente, libre é inmortal, dotada del intuitismo ó instinto espiritual, capaz de indicarla el bien y el mal fundamental para procurar el primero y dirigirse hácia él, y susceptible de descubrir el segundo, evitarlo y eliminarlo de la creacion que sobre el planeta le está encomendada.

6.^a Dios dejó al hombre en libertad de buscar los medios mas propios para descubrir, cumplir y santificar su propio destino sobre la tierra.

7.^a Tambien lo dejó en libertad para descubrir, obsequiar y poseer la verdad, dándole sin embargo el intuitismo que no lo sujeta, pero sí le alumbró á buscarla de buena fé en el ejercicio de su destino.

8.^a Así, pues, Dios dejó en libertad á la naturaleza para la produccion de sus fenómenos, sin mas límites que las leyes primitivas y universales, y la naturaleza, Providencial é inteligente, ha glorificado á Dios en sus obras.

9.^a Así tambien Dios ha dejado en libertad al hombre, sin mas límites en el ejercicio de su destino Providencial, que las leyes fundamentales de la naturaleza y las de su propio espíritu; y el hombre busca continuamente la mejor manera de cumplir su mismo destino y de glorificar á su Dios.

10.^a De este modo Dios ha previsto las leyes universales de la naturaleza y las peculiares del espíritu humano, infundiéndoles con ellas los instintos de sus

respectivos destinos; pero Dios ha querido dejar en libertad á la naturaleza y al espíritu humano para hacerse meritorios por sí mismos.

11.^a Así la naturaleza se dirige hácia la estabilidad absoluta ó sea la perfeccion é inmutabilidad de que es susceptible en un núcleo final.

12.^a Así tambien el hombre se dirige hácia la inmortalidad y la gloria que le está reservada, cumpliendo su Providencial destino como semejanza de Dios.

13.^a De este modo Dios indica al hombre por medio de la naturaleza y del intuitismo, lo que debe corregir, y el hombre halla en ello el mal fundamental.

14.^a Tambien le indica lo que debe procurar y ejercer, y así comprende el espíritu humano el bien fundamental.

15.^a Así, pues, en Dios no hay mal posible, y el bien absoluto es su gloria.

16.^a Y así tambien en el espíritu humano, premiado por su Providencialidad y perfeccion, no habrá mal posible al disfrutar el goce eterno y prodigioso de la gloria de Dios.

P. Ya comprendo lo que llamais bien y mal fundamental, resultando la evidencia del mal ante la humanidad, para que ésta, obrando como una Providencia derivada, secunde los fines de la Providencia divina, continuando la creacion sobre la tierra; mas decidme: ¿cuáles son las guias que auxilian al hombre en su mision Providencial?

R. Para satisfaceros en este punto, observad que el bien y el mal puede dividirse, como ya lo he hecho, en fisico, moral, social é intelectual. Para obtener el bien y eliminar el mal fisicamente, nos guian la naturaleza y la ciencia. Para lograrlo moral y socialmente, nos guian la naturaleza, la ciencia y el intuitismo. Por último: en el órden intelectual nos guian la naturaleza, la ciencia, el intuitismo y la conciencia del género humano.

P. Dadme algunos ejemplos de esto.

R. El hombre, al obrar como una Providencia con respecto al planeta en que vive, cultivando sus campos, observa la naturaleza, y ésta le manifiesta cómo deposita las simientes en la superficie de la tierra; les da los jugos necesarios para su desarrollo é incremento, y por último: cómo conserva los frutos para que sirvan de alimento á otros seres superiores, reservando aquellos que necesita para conservar la planta que los produjo, y sembrarlos de nuevo en tiempo y terreno propicios. Así es que el hombre solo auxilia á la naturaleza en semejantes operaciones, y ésta, aprovechando los servicios de la humanidad, se cubre de verdor, de flores y de frutos, y presenta á su inteligente colaborador los mas rientes y satisfactorios resultados, engalanando aun los desiertos con maravillosos jardines.

Si el hombre quiere obrar Providencialmente con respecto á los animales, destruyendo las especies dañinas, multiplicando y utilizando las benéficas, y conservando y mejorando las de su inmediato servicio, es la naturaleza aún la que le enseña las localidades, los alimentos y los medios en general necesarios para lograr estos fines. Y la misma naturaleza, ya sufriente y ya complaciente en los animales de servicio, manifiesta al hombre que está obligado á tratar bien y benignamente á éstos, y que con el buen trato y la dulzura obtiene de ellos mas utilidad incomparablemente, que con la dureza y crueldad.

En fin, la naturaleza, y el recuerdo de los fenómenos naturales, á que llamamos ciencias físicas, enseñan al hombre cómo mejorar la situacion de todos los seres que de él dependen, y hacer de ellos un uso útil á sí mismo y á las criaturas inferiores que emplea.

P. Es cierto que la naturaleza enseña al hombre multitud de fenómenos, de que puede sacar utilísimos resultados; pero ¿no convenís en que no da sus lecciones con suficiente claridad, pues aun en la importantísima ciencia de la medi-

cina, apenas ha conseguido unas cuantas verdades, y que casi en su totalidad se halla esa ciencia en un estado tal de oscuridad, que mantiene á los que la profesan en continuas dudas y disputas?

R. En verdad, el hombre se halla muy atrazado en esa ciencia; pero esto es por su culpa y no por la de la naturaleza. El motivo del atrazo de la medicina, es que se habia observado mal, y que se tomaban por causa de las enfermedades, los síntomas con que la naturaleza indicaba la existencia de las enfermedades mismas, y al propio tiempo los medios de curarlas.

Ya habeis visto en el capítulo segundo que la tos, el estornudo, la calentura, etc., etc., no son sino los esfuerzos que la naturaleza hace para librarse de las enfermedades é indicantes de éstas, y por consecuencia, que aunque (como el dolor) se identifican con el mal, no son el mal en sí mismos, y por el contrario, que esos recursos de la naturaleza son preciosísimos para la curacion de las enfermedades. Pero el hombre en vez de observar y seguir fielmente esas indicaciones, se ha lanzado á formular sistemas, á los cuales se ha apegado, estrechando sus propios recursos curativos por querer sujetar éstos á aforismos pueriles, como procuraré demostraros lo mas brevemente que me sea posible.

Observó el hombre que con el calor se quita el frio, que con el alimento se mitiga el hambre, que con la dieta se corrigen los excesos de la gula, etc., etc., y concluyó por formular esta sentencia: *contraria contrariis curantur*. Los contrarios, son curados por sus contrarios, cuya regla ha regido á la ciencia médica por muchos siglos.

Pero la decepcion y la pena ocasionadas de resultados frecuentemente siniestros, hicieron al fin dudarse de aquel axioma médico. Se procuró conocer mas á la naturaleza, y se observó que con los diaforéticos que exaltan la accion del sistema circulatorio, se curan á menudo varias calenturas; que con el mercurio que ataca é irrita las glándulas, y especialmente las de las fauces, se curan las póstulas venéreas situadas en aquellos órganos; que con la viruela vacuna se previene la confluyente epidémica; que con la quinina irritante en sí misma, y que suele exaltar el círculo de los humores y promover la calentura, se curan las intermitentes, etc., etc.; y concluyeron por establecer un nuevo sistema formulado por un aforismo enteramente opuesto al anterior, y así se puso por epigrafe de la nueva escuela: *similia similibus curantur*; los semejantes son curados por sus semejantes.

Pero yo mismo he confundido á algunos miembros de buena fe de esta escuela, preguntándoles simplemente ¿con qué curan las lombrices, el ácarus, la sarna, la ténia y tantos otros parásitos visibles, no solo con la ayuda del microscopio, sino aun á la simple vista, siendo algunos de ellos (como la ténia ó solitaria) de dimensiones sorprendentes? Al confesar que las medicinas adecuadas matan ó privan del alimento aquellos parásitos, se veian obligados á reconocer el aforismo contrario al de su escuela, y en general, para salvarse de una inconsecuencia dogmática, ocurren á una teoría absurda y que jamas podrán probar, diciendo: que las medicinas que en pequeñas dosis sirven para librarse de esos parásitos, en dosis elevadas los producen en la economía viviente. ¡O aberracion del humano discurso! ¡Sentár un principio en que el ácarus fuese producido por el azufre, el venéreo por el mercurio, la ténia por el cuso, y las ascárides por el arsénico, es una temeridad sistemática imposible de prueba, y á cuya teoría se oponen la naturaleza venenosa de esas drogas, y la esperiencia que ha demostrado que ningún sér viviente se puede obtener sin un germen!

Pero no obstante la falsedad del principio, la nueva escuela ha hecho servicios inmensos á la ciencia: Primero, ensayando el uso de sustancias y venenos activi-

simos, ministrados en dosis tan ténues, que sin comprometer la vida del paciente, surtan sus efectos sobre la causa de la enfermedad. Segundo, estudiando la parte local de la economía humana, á donde de preferencia se dirige la accion de las diferentes sustancias que se emplean como medicamentos. Tercero, en la preparacion de éstos, reduciéndolos á la mayor divisibilidad ó trituracion posible. Cuarto, en el estudio atento de los síntomas para aplicar á ellos, aunque por las vías generales de la economía, la accion local de los diferentes medicamentos; y quinto, evitando en cuanto es posible el imprudente ó prematuro uso de operaciones quirúrgicas.

Estas escuelas se hacen una guerra cruel, y las dos oponen los sucesos obtenidos para desacreditar el método contrario, cuando con una poca de imparcialidad deberian conocer que ninguno de los dos principios es exacto ni puede aplicarse universalmente.

Siguiendo yo la senda Providencial que me ha movido á tocar esta cuestion, necesito oponer á los dos aforismos indicados, uno que indudablemente tiene el carácter de universalidad que debe para servir de norma en todos los casos médicos posibles.

Así pues, el epigrafe Providencial en medicina, puede ser este: *Natura juvata curat*. La naturaleza auxiliada cura. Y de facto, se demuestra fácilmente que de nada servirian todos los recursos de la ciencia sin la cooperacion de la naturaleza, encomendada ésta como lo está por el Criador, de la proteccion y conservacion de la vida y de los esfuerzos instintivos de ésta para la prolongacion de su existencia.

He dicho en el capítulo primero que la mayor parte de las enfermedades consiste en parásitos, ya animales, ya vegetales, ó ya humorales, que se apoderan de algun órgano de la economía humana, y que la perjudican mas ó menos gravemente de uno ó mas de los modos siguientes: Primero, mecánicamente ó como un simple estorbo. Segundo, irritantemente, promoviendo secreciones anormales é inflamaciones. Tercero, orgánicamente, supurando ó devorando las partes atacadas. Cuarto, corrosivamente, desorganizando los tegidos. Quinto, venenosamente, matando el principio vital, y gangrenando ó mortificando las partes; y sexto, deletereamente, destruyendo rápidamente los tegidos, y alterando su estructura física y química.

A primera vista parece corto el número de las enfermedades ocasionadas por parásitos, porque se desconocen los límites de la vida de esta clase de seres, exigiéndose para calificarlos de vivientes, el que estén al menos dotados de organizaciones tan complicadas como las plantas fungosas en los vegetales, ó como el ácarus ó la ténia en los animales. Pero obsérvese bien á la naturaleza, y se verá que una simple célula sule tener suficiente actividad de existencia para asimilarse las sustancias orgánicas que la rodean, y multiplicarse por seccion vesicular con una prodigiosa rapidez. Del mismo modo algunas criptógamas microscópicas invaden los tegidos y se desarrollan y enraigan con una celeridad igualmente terrible. Tambien una simple contusion ó el infarto de una glándula, sule aislar, del círculo general, humores que adquieren una vida propia y de asimilación, y por esto venir á ser parásitos capaces de reproducirse como los zoofitos por seccion, y que concluyen por invadir la economía en general sin ser posible estirparlos. Por último, una simple inflamacion que estrangula algunos tegidos, ó hace cesar el círculo de algunos humores, viene á ser una especie de parásito que tiene por término la resolucion, la supuracion, el scirro, ó la gangrena.

Una vez conocido esto, se ve fácilmente por qué casi todas las medicinas, tanto internas como esternas, son venenosas; que el uso de las simplemente calmantes, en la mayor parte de las enfermedades, solo embota éstas pero no las cura;